

MARÍA EN CASA DE JUAN

Educar a jóvenes llamados a seguir al caminante

Antonio González Paz

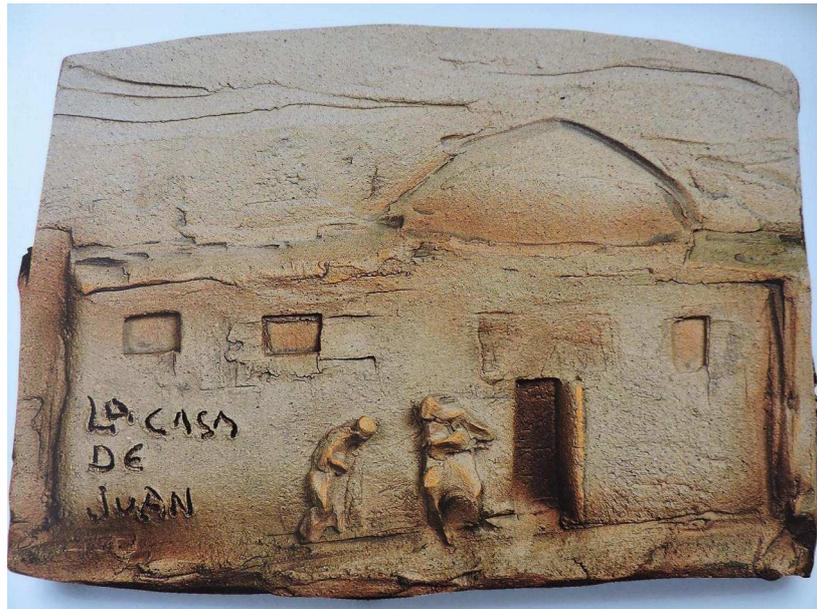
“Diálogo” nº 32. Mayo 2005

LA CASA DE JUAN

El Evangelio de Juan, tras las palabras de Jesús al discípulo que tanto quería - "Ahí tienes a tu madre"-, añade escuetamente "desde aquel momento, el discípulo la acogió en su casa" (*Jn 19,27*). Al leerlo uno se queda con las ganas de conocer como fue la convivencia entre esas dos personas tan singulares.

Los artistas cristianos, que se han inspirado con frecuencia en la vida de María, no se han atrevido a representar la escena. Hay como una tácita conspiración de silencio entre todos ellos para no violar esa intimidad. Sólo recientemente Antonio Oteiza ha osado desvelar el misterio, en un cuadro del retablo de la familia marianista de Valencia.

La casa de Juan, tal como la ha recreado Oteiza, es muy sugerente:



- Una casita baja, como la de los pobres de Palestina, que habla de encarnación entre los pequeños, de sencillez, de discreción.
- Una casita baja pero suficientemente amplia dispuesta para congregarse, comunicarse, crear comunidad e iglesia.
- Una casita baja con ventanas discretas, altas y abiertas, que aseguran la intimidad y evitan miradas indiscretas sin impedir que lleguen a su interior los ruidos de la calle y de la vida.
- Una casita de puerta pequeña, que exige abajarse, inclinar la cabeza ante el misterio que se vive en su interior

La comunidad que se puede reunir en casa de Juan, según la interpretación de Oteiza, recoge bien el modelo de Iglesia propuesta por el concilio Vaticano II: una iglesia que huye del lujo y el poder, viviendo entre y como los pobres, encarnada en el medio, hospitalaria, acogedora, alimentada por una profunda vida interior, abierta a los hombres de nuestro tiempo. En su seno nacerán y se formarán un nuevo tipo de vocaciones cristianas capaces de sintonizar con las inquietudes de nuestra época. Nuevas vocaciones que brotan entre los jóvenes dispuestos a seguir a Jesús.

La casa de Juan tal como la concibe Oteiza, simboliza el seno de la ternura maternal de María. En él se irán gestando y madurando los jóvenes, los nuevos apóstoles de la Iglesia.

Oteiza ha representado a Juan en el exterior de su casa. Sus brazos extendidos señalan la puerta en un gesto de acogedora hospitalidad. Su cabeza inclinada ante la figura de María es un signo de respeto y veneración. Todo su ser parece estar diciendo: "¿Cómo es que viene a visitarme la madre de mi Señor"? (*Lc 1,43*).

María avanza desde la izquierda hacia la casa de Juan. Hace años que se ha definido como "la esclava del Señor" (*Lc 1,38*). Sus ojos buscan desde entonces sus manos para interpretar cualquier deseo y correr a cumplir su voluntad (*Sal 123,2*). Desde que ha oído a Jesús decirle "ahí tienes a tu hijo" (*Jn 19,27*), sólo desea fijar su morada junto al discípulo amado. Parece que es la definitiva, pero no está muy segura. Desde que, como Abraham, se puso en camino no ha tenido vivienda fija. Ha conocido ya tantas casas: Nazaret, Ain Karin, Belén, Egipto... ¿Será ésta la última?

La Virgen de Nazaret llega cansada a casa de Juan. Desde que hace muchos años partió sin conocer cual era su destino, ha habitado muchas viviendas provisionales, viviendo como extranjera en la tierra que Dios le prometió, con la esperanza de encontrar una morada de sólidos cimientos (*Hb 11,8-10*). Cree que por fin ha encontrado la definitiva en casa de Juan.

María, tras la acogida entrañable del discípulo amado, tendrá que acostumbrarse a vivir con un hijo que no ha engendrado pero que ha dado a luz en el Calvario. Y, poco a poco, respetando los ritmos, lo irá educando en la escuela de Jesús. En Juan, y en todo aquel que se sienta llamado a seguir al Caminante, irá plasmando la forma de pensar, sentir y actuar de su Primogénito.

María, una vez instalada en la casa de Juan, se irá sintiendo educadora de una Iglesia de la que se sabe Madre. Poco a poco, pacientemente, irá transmitiendo a los discípulos de su Hijo su propia experiencia de seguidora del Caminante.

MARIA AYUDA A PONERSE EN CAMINO

María en casa de Juan recuerda... ¡Hace ya tantos años que se puso en camino!... Algo más de treinta... Parece que fue ayer... ¡cómo pasa el tiempo!...

Entonces era muy joven, casi una adolescente. Una chica de pueblo, con poca cultura y cortos horizontes. Había empezado a salir con José. Hacía años que se conocían, se habían gustado desde entonces, pero dudaban de iniciar una relación más seria. Se sentía feliz de haber dado el paso y haberse comprometido con él (*Lc 1, 26-38*).

Y precisamente entonces, Dios la había enviado un mensaje. Como Abraham, había sentido el desgarramiento interior de tener que dejar la casa paterna, la tierra en la que había crecido, el proyecto que ya tenía perfilado (*Gn 12, 1*).

Como Abraham tampoco había recibido explicaciones del motivo de su elección aunque, como de pasada, el ángel la llamara "favorecida de Dios" (*Lc 1, 28*).

Como el patriarca, evidenciando la roca de la que había sido tallada (*Is 51,2*), se había puesto en camino -"aquí está la esclava del Señor, que él haga conmigo como dices" (*Lc 1,38*)- ofreciendo su seno virginal como una tierra nueva donde implantar la semilla del Reino.

En su perplejidad (*Lc 1,29*) no tiene miedo porque está segura de que su Señor está con ella (*Lc 1,28*) se fía y acepta que lo imposible se haga posible en su seno asumiendo el riesgo de que el Libertador, el Hijo del Altísimo, el Rey eterno, el heredero de David ponga su tienda en medio de su vida (*Jn 1,14*).

Y el ángel se fue y la dejó sola con un misterio que le sobrepasaba. Sabía que desde entonces tendría que estar muy pendiente del dedo de Dios para ir descubriendo la tierra que él le iría mostrando y para ir poniéndose de nuevo en camino.

En casa de Juan, María rememora el comienzo de su vocación. Se da cuenta de que tendrá que educar a Juan -y en él a todo joven que se sienta llamado a seguir al Caminante-, a decir sí a la invitación de Dios. Y no sólo un sí inicial e impulsivo, sino el que habrá que ir pronunciando, a menudo en situaciones oscuras, a lo largo de toda la vida. Deberá fiarse incondicionalmente de aquel que le invitó a ponerse en camino, sin aclarar demasiado el motivo de la elección, y que es capaz de hacer posible los contrarios uniendo virginidad y fecundidad en circunstancias, con frecuencia, desconcertantes.

MARIA ENSEÑA A CONVERTIR LA VOCACIÓN EN SERVICIO

María en casa de Juan, al que pacientemente ha empezado a educar en el seguimiento del Caminante, rememora su estancia en casa de otro Juan. Allí descubrió que toda vocación es un humilde servicio.

Había sido cubierta por la sombra del Altísimo. Sabía que una vida incipiente empezaba a gestarse en su seno, pero no podía quedarse embobada en esa experiencia: por el ángel conocía que la anciana Isabel esperaba un niño. Su servicio allí era importante y, sin dudarlo, sin esperar a encontrar el momento propicio para contarle a José la noticia, se pone diligentemente (etimológicamente: amorosamente) en camino. Se dirige, con pies ligeros, hacia Ain-Karin donde su vocación se hará servicio.

La Madre del Caminante hace camino. Deja a sus espaldas una tierra, una parentela, unos muertos, un prometido, una seguridad, porque el Altísimo le ha mostrado un terreno nuevo que hay que regar con el sudor de la frente.

Santa María del Camino avanza saboreando su maternidad recién estrenada. Se da cuenta de que el "Señor ha mirado a su humilde esclava" (*Lc 1,48*), que "el poderoso ha hecho obras grandes en ella" (*Lc 1,49*), que "la misericordia del Señor llega a sus fieles de generación en generación" (*Lc 1,54*)... Y, con el corazón lleno de

alegría (*Lc 1,46*), canta su gozo nuevo esperando poder compartir con Isabel un secreto aún no desvelado.

El encuentro gozoso con Isabel, confirma a María en su maternidad: "bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?" (*Lc 1,41*). La Virgen se hace consciente de que es el Arca de la Nueva Alianza que encierra en su seno a un Salvador que hace bailar de alegría - como en su momento al rey David (*2Sm 6,14*)- a todo el que es capaz de columbrar su presencia tras los velos de la carne.

El encuentro con Isabel, confirma a María en su vocación y a la vez la desgarrar por dentro. Se da cuenta, por primera vez, de que lo importante no es ser la madre de su Señor sino ser "feliz por haber creído" (*Lc 1,45*). No lo entiende muy bien, por eso le da vueltas en su interior guardando las palabras en el corazón (*Lc 2,51*). Tiempo habrá de comprender estas cosas...

Y tras el encuentro, el servicio: "María se quedó unos tres meses con Isabel" (*Lc 1,56*). No se le caen los anillos por ser la madre del Señor: La esclava del Señor se hace servidora de los hombres. Así es el seguimiento del Caminante...

María en casa de Juan, rememora aquellos tres meses en que comprobó aquello de que sirviendo a los demás se sirve a Dios (*Mt 25,40*). Durante aquellas semanas había hecho realidad que toda vocación es un humilde servicio.

En la intimidad de lo que ya empieza a vivir como su propio hogar, María se da cuenta que tendrá que ayudar a Juan -y en él a todo joven que se sienta llamado a seguir al Caminante- a comprender que ser discípulo de Jesús, es entrar por la puerta del servicio, es decir, quitarse el manto, ceñirse el delantal, coger la palangana y ponerse a lavar los pies a los demás. Es la forma de poner de manifiesto de que uno es un humilde servidor, en el que el Poderoso ha posado su mirada, que se siente feliz por haberse sentido llamado a desempeñar ese ministerio.

MARIA ENSEÑA A DESCUBRIR LA FECUNDIDAD DE LA VIRGINIDAD

María en casa de Juan, al que pacientemente ha empezado a educar en el seguimiento del Caminante, rememora el camino de Nazaret a Belén. Allí descubrirá la fecundidad de su virginidad.

Un decreto de un emperador lejano, la había puesto de nuevo en camino cuando su avanzado estado de gestación aconsejaba más bien un cierto reposo. Ahora, muchos años más tarde, comprende el sentido de la profecía tantas veces escuchada en la sinagoga: "Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni muchos menos..." (*Miq 5,1*). ¡Vaya, Augusto colaboró inconscientemente en el plan de Dios!.

La madre del Caminante marcha hacia Belén. Nota en su vientre los pies inquietos de su Hijo que parece querer echar a andar. Al llegar al pueblo, recibe del posadero la negativa a alojarla en su casa. Intuye que el niño que espera "no tendrá donde recostar la cabeza" (*Lc 9,58*) aunque eso no se le niegue ni a los pájaros ni a las zorras.

María, en casa de Juan, pasa por alto los dolores de parto, el frío de la cuadra, la visita de los pastores, sólo recuerda que si "nadie puede amar una cosa a menos que pueda rodearla con sus brazos" (*Fulton Sheen*) ella había tenido el privilegio de estrechar al que, antes de acariciarlo con su mirada, ya amaba entrañablemente. Y en

la soledad de su nueva morada evoca el gozo de poder escuchar junto al suyo el latido del corazón de su hijo. Quizás pudo decir: "este Dios es mi hijo. Esta carne divina es mi carne. Ha sido hecha por mí: tiene mis ojos y el trazo de su boca es como la mía; se me parece. ¡Es Dios y se me parece!" (*J.P. Sartre*).

Ahora, en casa de Juan, comprende que lo importante no es que su Hijo se le parezca, sino que ella se parezca a Dios.

En la intimidad de la que ya empieza a sentir como su propia casa, María se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan -y en él a todo joven que se sienta llamado a seguir al Caminante- a ir "adquiriendo los mismos sentimientos de Cristo Jesús" (*Fil 2,5*). Después de haber acogido cordialmente la invitación: "sígueme, ponte detrás de mí" (*Lc 5,27*), el aspirante al seguimiento deberá ir progresivamente adquiriendo la misma forma de ver, de sentir, de actuar de aquel que con su llamada le sacó de las tinieblas y le llevó a su luz admirable" (*Col 1,13*). María se hace consciente de que su labor junto a los discípulos llevará su tiempo. Algún día podrá decir: "Hijos míos, a los que doy a luz de nuevo, hasta que adquiráis la figura de Cristo" (*Gal 4,19*).

MARIA PREPARADA PARA COMPARTIR EL DESTINO DE SU HIJO

María, en casa de Juan, evoca sus subidas a Jerusalén. Todas les traen dolorosos recuerdos: la presentación, la pérdida del Niño, y, sobre todo, la última que la ha dejado desmadrada y maltrecha: "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían!. ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la clueca reúne a sus polluelos!" (*Mt 23,37*)...

En el primer viaje, la Madre del Caminante había subido a Jerusalén a presentar a Dios a su hijo primogénito. Llevaba un par de tórtolas, su presupuesto no daba para corderos, para pagar el rescate, pero tenía la corazonada que las aves no iban a servir para nada. Ahora, muchos años más tarde, se da cuenta de que su intuición femenina había sido acertada: decididamente Yahveh se había quedado para siempre con su Hijo.

Había sido Simeón, el centinela del Templo, el de los ojos grandes y mirar profundo, el que no miraba hacia atrás con nostalgia sino hacia delante con esperanza, (*Num 24,3-4*) el que la alertó sobre el futuro de su bebé: "este niño va a ser causa en Israel de que muchos caigan y otros muchos se levanten. Es un signo de contradicción puesto para descubrir los más íntimos pensamientos de mucha gente" (*Lc 2,34-35*) aunque estaba llamado a ser "luz que se manifiesta a las naciones y gloria del pueblo de Israel" (*Lc 2, 32*).

María, en la intimidad de la casa de Juan, recuerda que aquellas palabras habían sido como "una espada que le atravesaron el corazón" (*Lc 2,35*). Ahora, releendo los recientes acontecimientos, se da cuenta de que Jesús verdaderamente había sido como una bandera discutida, como un signo de contradicción levantado en el corazón de Jerusalén.

El segundo viaje a la ciudad Santa, también la había dejado un regusto amargo: no sólo había perdido a un hijo sino que había tomado conciencia de que ya no le pertenecía (*Lc 2,49*). Decididamente se podía haber ahorrado comprar el par de tórtolas...

El tercer viaje está tan reciente que María prefiere no recordarlo. Ya habrá tiempo de darle vueltas en el corazón...

En la soledad habitada de la casa de Juan, María se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan -y en él a todo joven que se sienta llamado a seguir al Caminante- a tomar conciencia de que la contradicción, la incompreensión, las dificultades, e incluso la persecución son inherentes al seguimiento del Nazareno. Que, inevitablemente, supone compartir su destino, es decir, llevar su cruz (*Mc 8,34*), beber su cáliz (*Mc 10, 38-39*) y finalmente compartir su Reino (*Jn 14,3*).

MARIA FORMA A LOS PREGONEROS DE LA BUENA NOTICIA

María en casa de Juan, evoca su camino hacia Caná, lo recuerda con alegría: iba a compartir el gozo sponsal de una pareja. Y además contaba con la posibilidad de reencontrarse con su Hijo que hacía algún tiempo que se había marchado de casa.

Recuerda que ella, tan discreta, se había quedado en segundo plano. Había contemplado desde lejos, con un sano orgullo, a su Hijo comiendo y bebiendo con sus amigos y participando alegremente en la boda.

Sólo se había acercado a Jesús cuando, intuyendo el riesgo de que se acabara la fiesta, había solicitado su intervención. La respuesta del hijo la había dejado desconcertada -"¡mujer! no te metas en mis cosas" (*Jn 2,4*)- pero no se había amilanado. Se había limitado a decir a los sirvientes: "lo que él os diga, hacedlo" (*Jn 2,5*).

Mientras volvía a Cafarnaún -ahora, en casa de Juan, lo recuerda con alegría- se había dado cuenta de que "sus discípulos creyeron en él" (*Jn 2,11*) al ver la manifestación de su gloria. Ella también.

María, mientras trastea de un lado a otro por la casa, se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan -y en él a todo joven que se sienta llamado a seguir al Caminante- a estar siempre alerta para hacer lo que él le diga y a ponerse diligentemente a llenar hasta el borde tinajas de agua. Empieza a sentirse Reina de los Apóstoles y sólo desea transmitir a los seguidores del Nazareno su misma pasión por la llegada del Reino.

MARIA AYUDA A RECONOCERSE COMO HIJO Y MADRE DE LA IGLESIA

María, en casa de Juan, recuerda el día en que su camino se cruzó con el de Jesús. Ella iba con sus parientes buscándole por las cercanías de Cafarnaún. Lo encontró sentado en círculo con los suyos. Se había sentido extraña y no se había atrevido a interrumpirle. Simplemente se había limitado a mandar un mensajero para informarle de su presencia. (*Mc 3,31-35*).

Aquel día, gracias a la respuesta de su Hijo, había comprendido que lo verdaderamente importante no era haberlo dado a luz sino seguirle, cumpliendo así la voluntad del Padre. Ahora recuerda el gozo experimentado al sentarse en el círculo de su Hijo sintiéndose hermana y madre de su propio Hijo. Verdaderamente aquel gesto, aparentemente trivial, había sido muy importante. Ya no era una extraña sino una más en la Iglesia. Por eso, en adelante, la bendecirán todas las generaciones (*Lc 1,48*).

María, en casa de Juan, toma conciencia de que no solo es hija de la Iglesia, sino que, desde aquella hora del Calvario, había empezado a ser su Madre. Sonríe feliz. Ha sido un parto doloroso, pero ha valido la pena. En ella se había cumplido aquello de que "cuando una mujer va a dar a luz, siente angustia, porque le ha llegado la hora;

pero cuando el niño ha nacido, su alegría le hace olvidar el sufrimiento pasado y es enteramente feliz por haber traído un niño al mundo" (*Jn 16,21*).

María, mientras ve alborear el nuevo día, en casa del discípulo amado, se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan -y en él a todo joven que se sienta llamado a seguir al Caminante- a ser hijo y madre de la Iglesia. Siendo consciente de que gracias a la mediación de la comunidad, ha podido conocer a Jesús y escuchar la llamada a seguirle se sentirá impulsado a gastar con gozo sus fuerzas en engendrar a otros a esa vida nueva. Se sentirá madre, sin dejar de ser hijo, de esa Iglesia convocada y reunida por el Señor.

Antonio González Paz, sm